

La señora Conejo, cada vez más  
caos, intentó atraparlos. "¿Por  
qué juegas con las cosas de los  
niños?", le preguntó con voz  
firme. El monstruo se encogió  
de hombros y con un guiño  
de ojo, respondió: "Porque me  
divierte!".

Los niños, cada vez más  
curiosos, querían verlo. "Ven  
aquí, monstruo bromista!",  
gritaban a coro. "Queremos  
jugar contigo!". Pero el  
monstruo era muy veloz y  
se esabullía entre los  
navillos, jugando con la luz  
de las lámparas y los globos  
que decoraban el aula.

El monstruo, al ver a los  
niños tan divertidos, se reía  
con fuerza. Su risa sonaba  
como un trueno que hacía  
vibrar las paredes de la  
escuela. "¡Soy el monstruo  
bromista!", gritaba con una  
sonrisa. "¡Adore hacer  
travesuras!".

"Mira, mi libro de cuentos se  
ha convertido en una pelota  
de baloncesto!", gritaba la  
pequeña Ana, saltando de  
alegría. "Y mi mochila,  
¡vuela como un pájaro!",  
decía Pedro, imitando el  
vuelo de una ave.

"¿Pero no te das cuenta de que estás  
asustando a los niños?", le dijo la  
señora Conejo. El monstruo se  
quedó pensativo. "¡No quiero  
asustarlos!", dijo, un poco triste.  
"Solo quiero jugar".



En la escuela de la señora  
Conejo, siempre había un  
montón de risas y juegos. Pero  
un día, algo raro empezó a  
suceder. ¡Las cosas cambiaban  
de sitio! Las mochilas volaban  
por el aire, los lápices se  
escondían, ¡y las sillas se  
giraban solas! ¡Un monstruo  
peludo y verde, con una  
sonrisa traviesa, estaba jugando!

El monstruo se escondía  
entre los pupitres y, con un  
guiño de ojo, hacía que las  
cosas se movieran. Los niños  
reían a carcajadas, ¡les  
encantaba el juego del  
monstruo! Era tan divertido  
que no podían dejar de reír.